

Sic vos non vobis el meloso néctar
Elaborais, abejas industriosas;
Sic vos non vobis, ovejuelas mansas,
Llevais ufanas el vellon lanudo;
Sic vos non vobis, sufridores bueyes,
Andais uncidos al arado corvo;
Sic vos non vobis, inocentes aves,
Non vobis amidaís. Así Melilla
En lenguaje no menos expresivo
Nos llama su plantel, sus piés de olivo.
¡En quién, dime, Nason, la suerte esquivá
Con más braveza su rigor aviva!

Con todo, pudo ser que con el tiempo,
Vedados á escucharte mis oídos,
Tus quejas indulgentes condonára.
Al fin sufriste, del hogar privado
Y de las caras prendas de tu vida.
Empero ¡por temor contradecirte!
Eso, Publio, jamas, la villanía
El generoso pecho no consiente.
¡A tí mismo negarte! ¡de tu oprobio
Ser el autor! La potestad me otorgas
Para llamarte *ruin*, y *ruines* llamo,
Y *ruines* llamaré, sin que ninguno
Audaz mi lengua reprimir consiga,
A cuantos, mi doctrina profesando,
Por sacudir la tempestad horrible
Que conmigo á los míos anegára,
Cantaron sin pudor la palinodia.
Canalla ruin, mi corazón os odia.

Ni te perdono, Publio, la menguada
Servil adoración con que tu musa,
Con trémula rodilla, con la frente
En el polvo soez, los piés inmundos
Del ausonio opresor profana lame;
Del opresor, «que sólo con su vista
Abate y alza tu fecundo genio»;
Del «celestes varon, por quien, piadoso,
Incensos odoríferos quemaste»,
Y «Mis votos escucha, le dijiste,
¡Oh máximo dios César!» por lo menos
«Tan grande como el mundo que moderas.»
«¿Qué puede haber sin tí, que despreciable,
Que vil no sea? Nada se te oculta
De cuanto pasa en el extenso mundo,
Y, dios, todo lo sabes, lo ves todo,
Todo preves...» ¡Así, Nason, habláras,
Dime, si de tus inclitos mayores
La sangre por tus venas circulase?
Escuchándote César, fué tan bajo,
Tan débil como tú. Si ahora mismo
Dado me fuera castigar tu culpa,
¡Rastrero adulador! miéntras el aura
Tu espíritu servil vivificase,
Para escarmiento de poetas patrios
Tan viles como tú, yo te mandára,
Publio Nason, con triplicados hierros,
Atado el pié, desnuda la rodilla,
Morar en el presidio de Melilla.

CANTATAS.

I.

LA VÉNUS DE MELILLA METIDA Á PESCADORA (1816).

Viendo la Vénus morena
Del recinto melillense
Que de tantas pescadoras
Se están burlando los peces
Que van y tornan,
Tornan y vuelven,
Y nada, nada
Miseras prenden,
Por más que copos,
Por más que redes,
Cañas, anzuelos,
Cebo les echen,

A vengar tamaña injuria
Ella sola se previene,
Y guerra declara, guerra,
A los ecúoreos vivientes.

¡Pobrecitos!
Peccitos!
Esta orilla,
Sús, dejad;
Pues avanza
Y os alcanza
De Melilla
La deidad.

Y mirándose el semblante
En el espejo luciente,
De su beldad satisfecha,
Canta ufana de tal suerte:
«¡Quién, mágica hermosura,
Habrá que te resista,
Y quién de tu conquista
Se puede libertar?
¡Oh sin igual ventura,
Llamaros mis cautivos,
Ya muertos ó ya vivos,
Nadantes de la mar!
La belleza que al mundo somete,
Y á Neptuno triunfante acomete,
Os pondrá por trofeo á mis piés.
¡Qué más cebo, destreza y anzuelos
Que mis vivos flechantes ojos,
El chubasco pasando del mes!

¡Os fiaís en el cuero y escamas?
Desperdicio seréis de mis llamas,
Desperdicio la verde región.

Ni en el fondo escondidos yaciendo,
Ni de mares en mares huyendo,
Nunca, nunca tendréis salvación.

Y ya la caña ondeante
Sobre sus hombros revuelve,
Mirando al cielo orgullosa
Y la tierra hollando leve.
Entrase en la Florentina,
La perdición de los peces,
Que, descuidados, el seno
Del hondo piélagos hienden.
Sobre una peña se sienta,
Y la vaga vista tiende
Por las hondas apacibles
Que sus plantas humedecen.

La lienza arroja... ¡qué dicha!
Picó el pez, primera muerte;
La doblada caña apenas
El peso fausto sostiene.
Será la doblada,
Hembrilla, dorada,
Cornuda, delfín.
Ya, ya se divisa;
El es... ¡Ay qué risa!
Un roto botín.

Entónces en ira ardiendo,
Cual provocada serpiente,
Deja el sitio pateando
Y maldiciendo su suerte.

De abajo á arriba se rasga
El guardapiés transparente,
Y las moriscas babuchas
De los piés se le desprenden.
Una súbita oleada

En el fondo las sumerge,
Para ser un día pesca
De otra Vénus melillense.
Ella descalza, desnuda,
Sin pesca, sin atreverse
A mirar, avergonzada,
Por donde vino se vuelve.
¡Melilla! Tu Vénus ahora
Desnuda por ser pescadora,
Que sea tu vivo ejemplar.

Desnuda jamas te miráras
Si en ocio la edad no pasáras
En vez de coser y fregar.

II.

LUCHA ENTRE LA LEY Y EL DERECHO

favorecido por el amor, y el duelo sostenido por el honor ó la opinión y Marte.

La ley reprueba el reto
Y le defiende honor;
¿Qué hacer en tal aprieto?
¿A cuál me inclinaré?
¿Será que su rigor
Mi flaco aliento venza?
¡Oh Dios! ¡de qué vergüenza
Cubierto me veré!

Después, por otra parte,
Esquivale mi amor;
El belicoso Marte
Bramando en ira está.
Con Marte vas, honor;
Amor, con el derecho....
¿A cuál, á cuál mi pecho,
Decid, se rendirá?

Me incita,
Me inflama
La llama
De amor.
Me grita
El acento
Sangriento
De honor.
Lloroso,
Ni puedes,
Ni cedes,
Amor.

Furioso
Me elevas,
Me llevas,
Honor.
Placiente
Me ablandas....
Tú mandas,
Amor.

Valiente
Me agrandas....
Tú mandas,
Honor.
Rendiste
Mi pecho,
Derecho
Y amor.

Asiste
Con su arte,
Dios Marte
Y honor.
Mi sien plácido corona
Con tu lauro, honor triunfante,
Y á mi amante
Ansias tantas
Con él premia, y tanto ardor.

Mi adorado bien, perdona,
Entre tanto que gozoso
Y amoroso
A tus plantas
Llega Marte y el honor.

III.

AL CASAMIENTO DE DOÑA TERESA ÁLVAREZ
DE GUZMAN, PALAFOX, ETC.

Tu benéfica luz, padre del día,
Almo sol, apresura,
Y con ella la pura,
La plácida alegría,
Gustada nunca del mortal profano;
Descienda al corazón de dos amantes
El fuego soberano,
El fuego que, en suspiros anhelantes,
Su corazón despide,
Y recreada la virtud preside,

Oyóme.... ¡cómo gira
Con ala vagarosa
Ufano Amor en torno de la hermosa!
Ya, ya oficioso llega,
Y cortés la retira
Del seno maternal, y á su querido
En premio se la entrega
De la constante fe. Compadecido
De su largo penar y su deseo,
Genial himeneo
Las teas entre cánticos inflama,
Las puertas abre y al altar los llama.

Venid, venid, esposos,
De amor, de honor dechado,
Al término fijado
Por vuestro corazón.
Los fuegos venturosos
Desháganse en delicias;
Que el cielo entre caricias
Os da su bendición.

No bien el Himeneo terminado
Su ministerio había,
Ya la Fecundidad aparecía,
Llamando á los esposos vigilante.
Matrona augusta, de gentil semblante,
La sien de mirto y arrayan cercada,
En su diestra reposa
El inmutable cetro de los mundos,
Que puebla portentosa.

«¡Oh hijo de la noble Celtiberia!
Escucha la voz mía;
Escúchala, Teresa bienhadada,
De aquellos derivada
Que en la marcial porfia
Al atroz agareno domeñaron,
Y al Africa lanzaron
Al imperioso horror y tiranía;
A mi reino venis. Yo, poderosa,
Mi virtud os imprimo,
Y á padres os sublimo.»

En diciendo, los besa cariñosa
Y el tálamo les muestra, complaciente
A la virgen la túnica descifre,
Y el velo misteriosa
Levanta, Satisfecho
Amor entónces, con su arpon dorado
Traspásales el pecho,
El férvido se agita,
Ella también y de pudor palpita;
Palpita, y luego siente
Por su faz sonrosada
El virgineo color de la viola,
Que da á los suyos la modestia sola.

¡Oh felice cautiverio,
Cuyos lazos
Vuestros brazos
En estable paz serán!
¡Oh de amor benigno imperio,
De amor casto,
Que os enciende,
Que defiende vuestro afán!

La suprema deidad, alborozada
Del insigne ornamento
Añadido á su imperio soberano,
Les toma de la mano,
Así cantando con amigo acento:

«De vuestra unión sagrada,
Que al cielo aplace tanto,
Ya veo el fuego santo
De Thémis renacer;
» De Thémis, que, si armada,
El crimen abomina,
Al justo patrocina
Con todo su poder.

» De foragidos ávidos,
Contra los choques duros,
Inexpugnables muros
La patria ve salir.
» Espíritus impávidos,
Robustos balliartes,
Por quienes ciencia y artes

Podrán su cuello erguir.
 » Aquesta gloria
 Y regocijos
 A vuestros hijos
 Se deberán.
 » Tanta victoria,
 Tan altos bienes,
 De vuestras sienes
 Orla serán.
 » Que ya en ellos á vuestros mayores,
 Del hogar de la ley defensores,
 Viendo estoy con alegre inquietud.
 » Palafox y Montijo reviven,
 Y Guzman y el de Niebla reciben
 Nuevo lanro de prez y virtud;
 » Cuyo nombre será que la Fama
 Lleve fiel de region en region,
 A la par publicando que rama
 De tan inclito vástago son.
 Dijo, y partió con sonreír afable.
 ¡Oh, plegue al cielo, Teresita amable,
 Al cielo plegue, generoso jóven,
 Que vaticinio tal cumplido sea,
 Y plegue á su poder que yo lo vea!
 Cual risueño arroyo
 Entre blandas flores
 Pase vuestra edad.
 Huyan las dolencias,
 Huyan los rigores
 De la adversidad.
 Vivid, gozad,
 Y en vuestro seno
 Brille de lleno
 La humanidad.
 Vivid, gozad,
 Vivid, gozad.

IV.

LA VIUDA DEL SOLDADO (1).

¡Ay Dios! ¿qué se hicieron
 La paz, las caricias
 Y tantas delicias
 Y tanto placer?
 Veloces huyeron
 Cual sombra liviana,
 Cual rosa temprana
 Que muere al nacer.
 Cuando halagada con mi amor vivía
 En union deliciosa,
 Esta comarca resonar solía
 Pacificos cantares. Venturosa
 Ayer mil veces con mi amante esposo,
 Hoy desolada viuda,
 ¿Adó me acogere? ¿quién en mi muda
 Soledad me valdrá? ¿Quién mi enojoso
 Pesar adormirá? ¿De cuya boca
 Oiré de esposa el regalado nombre?
 ¿Oiré las quejas de mi angustia dadas?
 ¿Oiré las inflamadas
 Caricias del amor? ¡Ay qué serenas
 Horas aquéllas fueron! ¡Qué enlutadas
 ¡Ay! éstas son, y de orfandad cuán llenas!
 En el Abril hermoso
 De mis floridos días
 Me arrebataron á mi tierno esposo
 Del casto lecho y de las glorias mías.
 Amor, amor apenas
 La dulce copa del placer sabroso
 En lazo delicioso
 Nos dió á gustar; en vano imaginando
 Que no hay poder que nuestra dicha rompa,
 Cuando la airada trompa
 De la guerra feroz llama á la guerra.
 En derredor la sierra
 Toda se turba; el corazón se oprime
 Estremecido; gime,

(1) Hablando de esta cantata, dicen las *Variaciones de Ciencias, Literatura y Artes* (tomo III, 1895): «No dudamos en citarla por modelo á par de las del célebre Metastasio.» (Nota del Colector.)

Gimo, y dícame «adios» en voz doliente,
 Tente; tu amante,
 Tente, tu esposa
 Ni un solo instante
 Sin tí estará.
 Contigo muera,
 Contigo viva,
 Y donde quiera
 Contigo irá.
 ¿Qué pronuncias? ¡Oh cielos! ¡Y tú puedes,
 De tu esposa los brazos esquivando,
 Ir á morir matando?
 ¿Ves mi amarga viudez? ¿Ves cuál me dejas
 Al llanto y soledad abandonada?
 Héme de luto y de temor cercada.
 No, no; en los brazos de tu amante vive....
 Y oigo otra vez el pavoroso estruendo
 De la trompa mil veces maldecida.
 «Adios, adios te queda,
 Mi único bien, adios....» Así diciendo
 En mis brazos se enreda;
 Caigo en los suyos sin aliento y vida,
 Entónces ¡ay! el beso regalado
 Quedó en los labios de los dos helado.
 ¡Ay! ¿dónde está, dónde,
 Mi plácido dueño,
 Que un tiempo, halagüeño,
 Mi amor inflamó?
 Un grito responde,
 Que toda me aterra:
 «Tu esposo en la guerra,
 Tu esposo murió.»

ROMANCE.

A BELINDA (1816).

Bien puede, Belinda hermosa
 El rigor del hado avieso
 Implacable perseguirme,
 De sangre y sangre sediento;
 Ensayar contra mi vida
 Los más ásperos tormentos
 En los hórridos abismos
 De los líbicos encierros;
 Mas no puede, vida mía,
 Sujetar el pensamiento,
 Que ni á despotas se dobla,
 Ni reconoce su imperio.
 El se burla, poderoso,
 De los humanos esfuerzos,
 Y deshace, denodado,
 Como polvo sus proyectos;
 El, penetrando los fuertes
 Y las cadenas rompiendo,
 Más veloz que rayo, cruza
 La extension del universo.
 El mio, sin par Belinda,
 Agitado con el fuego
 De la pasion que me abrasa,
 Allí se anida en tu seno;
 En tu seno, palpitante
 De amor y dolor á un tiempo,
 Por mi vuelta suspirando,
 Por mi ausencia falleciendo.
 El tus plegarias escucha,
 El escucha tus lamentos,
 Que á los astros rufilantes
 Van en lágrimas envueltos.
 El doquiera te acompaña,
 En la casa, en el paseo,
 Y los parajes frecuente
 De amor hermosos trofeos.
 Allí la fe de ser mía,
 Allí tú los juramentos
 Me renuevas, por testigos
 A las estrellas trayendo.
 Entre mis brazos entonces

Añudado tu albo cuello,
 Con tus besos inflamados
 Encontrándose mis besos....
 Durarán mientras domine
 Amor, tan gratos recuerdos,
 En mi corazón grabados
 Con caracteres de fuego.
 En tu amor, en tu belleza
 Embebido el pensamiento,
 El presidio me parece
 De flor y rosas cubierto.
 Halagos en vez de penas;
 En vez de horrores, encuentro
 Una mansion encantada
 Por tu mágico embeleso.
 En mi memoria presente
 Por todas partes te llevo,
 Y das principio á mis obras,
 Y das fin á mis descos.
 Contigo sueño de noche,
 Contigo de día velo,
 Sola te nombra mi labio,
 Sola á tí, mi solo dueño.
 Tú, mi Piéride, templas
 El desusado instrumento,
 Y me dictas los cantares
 Inflamados con tu incendio.
 Así el tiempo se desliza
 Y mis penas entretengo,
 Así la negra desdicha
 A mi albedrio sujeto;
 Hasta que al fin, ya mudada
 Y á mis votos sonriendo,
 Me dé volar á tus brazos,
 Para recibirme abiertos.
 El aura que tú respiras
 Me dé respirar en ellos;
 Me dé con tu pecho amante
 Palpar mi amante pecho.
 ¡Oh! Llegue de nuestra dicha
 El suspirado momento,
 Y el amor con nuevas ansias
 En estable union gocemos.

*Te loquor absentem, te vox mea nominat unam
 Nulla venit sine te nox mihi nulla dies.*
 OVID....

CANTILENAS.

I.

MIS VOTOS.

Dejéme Pandora
 La caja do están
 Los bienes que busca
 Con ansia el mortal.
 Riquezas no quiero,
 Ni quiero brillar
 En letras, honores,
 En guerra ni en paz.
 Desdén del vulgo
 El misero afán,
 Desdén del prócer
 El humo fugaz.
 Ya puedes, Pandora,
 Tu caja llevar;
 Que más encumbrados
 Mis impetus van.
 Si todo cediera,
 Ahora no más,
 Sumiso al imperio
 De mi voluntad,
 Ahora, Pirene,
 Lanzárame allá
 Do tocas los astros
 Con frente inmortal.
 Señor absoluto

De mi voluntad,
 En mi órbita puesto
 Cual un luminar,
 En ella girará
 Del polo glacial,
 Adonde domina
 Vulcano voraz,
 Y viera los rayos
 Mi planta besar,
 Tenderse en alfombra
 Feroz tempestad,
 Cuajarse la nieve,
 Y el trueno rodar;
 Porque sube Tétis,
 Se hunde, viene, va.
 Formarse vería
 Con ojo sagaz
 El rico minero
 Del globo terral.
 Alzarse la planta
 Al rayo solar....
 Y el grande portento
 Del reino animal.
 Y luego mirara
 Con triste piedad
 En sangre del hombre
 Teñida su faz.
 Al trueno estallante
 Mandárale hablar,
 Así reprendiendo
 Su brutalidad:
 «¿Y tienes á gloria
 Furioso clavar
 En pechos iguales
 El recio puñal?
 » ¿A gloria el invento
 Del arte fatal;
 Con él de tu hermano
 La vida abreviar?
 » ¿Perdiéndole, clamas
 Amor, hermandad?
 Mentira, mentira
 De un labio falaz.
 » ¿Por qué?... de decirlo
 Vergüenza me da.
 » Y tú, tú te llamas
 El sér racional?
 » Y ¡altivo! no temes
 Con lengua procaz
 Las otras especies
 De brutos tratar?
 » ¿En cuál tu barbarie
 Notarás? ¿en cuál
 Tu orgullo, tu hinchada
 Servil vanidad?
 » Y ¿quién tu miseria
 ¡Oh hombre! dirá,
 Ridículo juego
 De contrariedad?
 » Al cielo tan pronto
 Alado te vas,
 Insano creyendo
 Los astros mandar;
 » En tierra tan pronto
 Estúpido das,
 El polvo ensuciando
 Tu trémula faz.
 » Por nadas lloroso,
 Por nadas volcán;
 Solicito siempre,
 Contento jamas,
 » Mezquinas pasiones,
 Sin nunca cesar
 Te traen y te llevan
 Aquí y acullá.
 ¡Oh sér despreciable!
 ¿Acaso eres más
 Que trompo azotado
 Por fuerte ramal?
 » ¿Y es ésta la alteza
 De tu dignidad?
 ¿Por esto blasonas

De sér racional?
 » ¿Cuándo fué tu pauta,
 Ni cuándo será
 La razon que tanto
 Pregonando estás?
 » Los brutos no rompen
 La ley natural;
 Y tú la quebrantas
 Con impetu audaz....
 ¡Oh musa parlera!
 Ya déjalo, ya;
 Que, en tu órbita entrando,
 El resto dirás.

II.

AL SIGLO XIX.

Mis votos importunos
 Por tu venida cesen;
 Que al fin aparecieras,
 ¡Oh siglo diez y nueve!
 El respetoso labio
 Saludete mil veces,
 Y el afligido pecho
 A serenarse empiece.
 Desde el instante mismo
 Que tu gallarda frente
 Al mundo descubriste,
 Que á tu poder sometes,
 El justo se consuela;
 Y en cambio, se estremecen
 Los que en el mal ajeno
 Libran su bien, alegres.
 Ellos te miran místios,
 Las dilatadas sienes
 Ornadas con la pompa
 Triunfante de sus muertes.
 Y como del cabello
 Sus funerales penden,
 Por eso te apellidan
 Sepulcro de vivientes.
 Los que contigo nacen,
 En tu girar envuelves,
 Y los que vivos hallas,
 De súbito sorprendes.
 No hay paso que contigo
 Millares no te lleves,
 Poblados que no enlutes,
 Ventura que no siegues.
 Pues ¿qué, cuando á la fuerza
 De tu carrera llegues,
 O caigas en los brazos
 Del siglo que te vence?
 Y ¿qué si por la tierra
 Mavorte se embravece,
 Gritando sangre, en sangre
 Tiñendo sus laureles?
 ¿Si luego al par sus alas
 Mortíferas extienden
 El hambre asoladora,
 La no saciada peste?
 A todos á la huesa
 Inexorable impeles,
 Sin respetar el cetro
 De los temidos reyes.
 Todos contigo, todos
 Corremos. ¿Qué deleite:
 Saber que los perversos
 Al fin el polvo muerden!
 ¿Saber que, sin que tornen
 Sus impetus, perecen
 Hollados, excretados,
 Malditos para siempre!
 En su inocencia envuelto,
 Tranquilo el justo muere....
 No muere, no; que vive
 Mientras el orbe rueda.
 Las lágrimas piadosas
 Su tumba le humedecen,
 Le animan sus virtudes,
 Sus hechos le engrandecen,